

Por la jornada continua

JULIO ALMEIDA

Una terca voluntad política, en la Comunidad de Madrid y en otras regiones españolas, no quiere reconocer las ventajas incomparables de la jornada escolar continua. El paréntesis alude también a la hostilidad de muchos españoles al inteligente trabajo seguido, que permite tantas cosas; cuando surge en el horizonte la jornada de 35 horas, ya piensan algunos cómo interrumpir el trabajo con largueza para diferir la salida por la tarde y estropear el invento maravilloso. Aquí y allá se está haciendo la pantomima de solicitar a los padres su opinión, acaso con la esperanza de que se quedarán con la doble sesión tradicional, para luego, cuando el resultado de la votación se inclina a

favor de la jornada continua —70, 80 y hasta más del 90 por ciento— burlarse de la democracia e invocar infantilmente un argumento demagógico: los pocos que no quieren, ¿qué harán las tardes libres? Tradicionalmente en la Gran Bretaña han querido más que nadie la libertad y, sin embargo, estudios recientes informan que un tercio de los británicos aún prefieren hacer lo que se les diga. Y qué. Se sabe que cuando la liberación de los esclavos, a lo largo del siglo XIX, muchos de ellos volvían poco después al que consideraban su lugar natural, a sus antiguos amos. No vamos a renunciar a la libertad por eso.

Si así se hubiera procedido siempre, si un cambio tuviera que ser pactado por la totalidad, aún tallaríamos guijarros como hace diez mil años; no, como hace mucho más. Cuando las valientes sufragistas exigían el voto para las mujeres, no hace tanto, algunos sesudos varones se oponían a ellas alegando su evidente incapacidad, que era como proclamar su inferioridad constitutiva. Y tampoco suprimimos las elecciones porque haya gente que no sabe a quién votar. Con tan pacata mentalidad los pobres ni tendrían hijos siquiera.

Alguien en *El País* (que replantea la cuestión porque muchos padres se hallan inteligentemente alborotados, y no sólo en Alcalá de Henares y en Torrejón de Ardoz; véase el número del 1 de noviembre) se sitúa contra la jornada continua titulando “Acabar antes, ¿para qué?”, lo que recuerda la tristemente célebre palabra de Lenin a nuestro Fernando de los Ríos, si mal no recuerdo, “Libertad, ¿para qué?”

La pregunta es estupefaciente y oculta una insidiosa petición de principio. Los niños deben ser entretenidos como corderos; planifiquemos su tiempo, ninguneemos su curiosidad, desalentemos su autonomía. Todo es posible y aun manifiestamente empeorable. Ahora bien, la educación no consiste en eso. La *paideía* era muy otra cosa. Léase, por ejemplo, el gran libro de Werner Jaeger.

Se malicia que la jornada continua sólo interesa a los maestros. El error es antológico. Si los maestros tienen mejores condiciones de trabajo, los estrictos beneficiados serán los alumnos. Yo he visto en Alemania (tierra de jornada continua desde hace decenios) despachos particulares de maestras que ya quisieran para sí algunos profesores de instituto y de universidad de España. El resultado es el respeto, el profundo respeto

con que aquella sociedad acoge hoy a sus maestros, mayormente maestras. Invetigaciones recientes acreditan que las *Grundschullehrerinnen* están más valoradas que párrocos, que oficiales del ejército, que profesores de instituto. No es una valoración gratuita; se lo han ganado trabajando duro, con dedicación y profesionalidad.

A mí la doble sesión cotidiana me parece criminal y así lo vengo diciendo desde hace más de veinte años. Me parece injusto que los pequeños se inicien con horarios de mayores; una pasada, que las carteras de los adolescentes pesen lo que pesen (*last but not least*, que nuestros universitarios cursen asignaturas sin fin); que se suponga que un escolar no puede estar solo en una habitación un rato cada día madurando sus experiencias. *El secum vivere*, que dijo Cicerón y reclamaba también Menéndez Pidal, parece que no va con nosotros. Un rector de una universidad madrileña afirma que “lo pedagógico es que los alumnos estén el mayor tiempo posible en el entorno educativo, ya sea en las aulas, en la biblioteca o jugando al fútbol”. Es como preconizar, hablando de alimentarse, la mayor cantidad posible de platos, sin dar tiempo para digerirlos. No pensaba así el fundador de la organización académica alemana, Guillermo de Humboldt, quien aconsejó muy precisamente la variedad de situaciones para alcanzar una educación de calidad. En Alemania, en efecto, las horas de clase son pocas y el año escolar se acerca a los doscientos días lectivos. Nuestro espantoso método consiste por el contrario, en sobrecargar al alumno en tiempo insuficiente; el calendario lectivo de los institutos es ridículo.

¿Qué temen los políticos? ¿Perder votos? ¿Y si los ganan? ¿No les basta que la mayoría pida la jornada continua como un solo hombre? En un colegio de Badajoz, en una

votación a mano alzada, entre cerca de trescientos padres, sólo se pronunciaron contra la jornada continua dos personas, que no eran precisamente unos desgraciados. ¿Quién teme a la libertad? Cierta libertad pertenece a cada cual. Unos estudiarán inglés o hebreo; otros aprenderán a tocar el piano o el violín o a escuchar buena música; aquéllos harán deportes; no pocos leerán libros, acaso hasta un periódico, o navegarán por Internet; los menos imaginativos o más haraganes se sentarán ante la televisión para degradarse con programas estúpidos o engrosarán la clientela de los bares más numerosos del planeta. Véase el chiste formidable de Forges del mismo día, bajo el editorial de *El País*; ciertamente, el hombre-bar hablante por los codos no corre peligro de extinción en España.

Porque los periódicos no paran de informar cuán pocos españoles leen, tocan instrumentos musicales, hablan lenguas extranjeras; información verdadera a la que falta empero, como señala Octavio Uña, la comunicación de las razones, que es el nombre de esta revista, en griego *lógos*. ¿Acaso son más listos ellos?, preguntan en ocasiones nuestros alumnos. (Las preguntas tontas son las mejores, observa Heidegger). En modo alguno. Sucede a mi juicio que el doble ir y venir de escolares y no escolares tiene mucho que ver con aquellas enormes ausencias.

¿Por qué hay que estabular a los españolitos en tiempos tan duplicados? (¿por qué acá todo es doble : usamos dos apellidos, aparcamos en doble fila, nos dan dos pagas extraordinarias, hay que llevar dos triángulos en el coche...?) ¿Por qué impedirles estar un rato a solas, de suerte que andando el tiempo ya ni podrán ir solos a comprar tabaco o a renovar el pasaporte? ¿Qué socialización venimos haciendo para que los españoles seamos

incapaces de sentarnos a la mesa sin la estruendosa compañía de la caja tonta o del hilo musical? A veces me pregunto si la televisión ha sustituido —entre otras instancias—al sacerdote.

El presidente de la Comunidad de Madrid y el consejero de Educación deberían reconsiderar su frontal oposición a una medida tan razonable como implantar la jornada continua. No se trata de apretar el tiempo, como se dice, sino de dosificarlo con inteligencia. La escuela no tiene derecho a ocupar el espacio estratégico que ocupa, espacio brutalmente acompañado de cuatro viajecitos que pueden ser en autobús a través de una ciudad colapsada. Ya Maquiavelo, no siempre tan maquiavélico, dijo que adoptar ideas nuevas es lo más difícil; pero la nueva idea, que muchos han vivido en el extranjero, ha prendido con fuerza. Los padres, los primeros en la historia de España que ya han ido a la escuela en su totalidad, recuerdan con viveza la tortura del doble toma y daca. El argumento de que los menos favorecidos no podrán o no sabrán qué hacer, no se sostiene, y es mentira que todo cueste mucho dinero; más se gasta en el bar o en la discoteca. Ese superdotado chileno de veinte años, profesor ayudante en la Universidad Carlos III (informa *ABC* el 2 de noviembre), bien que supo aprovechar las tardes libres para practicar sus aficiones y estar con sus amigos. ¿Vamos a fastidiar a quienes aspiran a hacer cosas, a añadir vida a la vida, porque algunos no pueden o no saben o no quieren? Extraño razonamiento. Con ese prejuicio habría que impedir y estorbar cualquier iniciativa, que es lo contrario de lo que ordena la Constitución y de lo que siente el sentido común.

Decía Fichte que la política consiste en decir lo que es, y algo de eso sabía Adolfo Suárez cuando elevó a categoría oficial tantas cosas reales de la calle. La jornada doble cotidiana

es un horror, aunque no seamos los únicos que la cometan (y habría que distinguir de tiempos y de distancias), si bien los colegios pueden abrir por las tardes para que algunos maestros den clase a algunos alumnos, por ejemplo a quienes se retrasan o a quienes ignoran el arte sutil de hacer cosas interesantes y propias. La jornada diaria puede y debe desarrollarse a lo largo de la mañana; una mañana completa, dije alguna vez, no esta mañanita de dos horas y media que nos hemos inventado.

El problema, como siempre, puede rastrearse en la Antigüedad. Ya Séneca advirtió que no aprendemos para la vida, como sería conveniente, sino para la escuela misma, *non vitae sed scholae discimus*. ¿Qué estudiante no ha estudiado alguna vez para aprobar el examen y olvidarse en seguida de todo aquello? Poco después del romano de Córdoba, Plutarco de Queronea dejó dicho que “la ciudad es el mejor instructor”. ¿Obedecerá esta fijación escolar española al hecho indubitable de que hasta apenas ayer (algunos fechan el dato en 1947) íbamos a la escuela la mitad de la población? Durante mucho tiempo, en ciertos lugares se pensó que fuera de la Iglesia no hay salvación, *extra ecclesiam nulla salus*. Precisamente cuando la Iglesia se abre y comprende otras posibilidades, hoy piensan algunos, con buena o mala fe, que fuera de la escuela no hay vida posible (alguien hasta propone abrir los colegios el día entero). Y sí que la hay. Y en abundancia.